

Reescribiendo su esencia, recordando su historia

El protagonismo narrativo de Dulce María Loynaz en su *Fe de vida*

Humberto López Cruz

University of Central Florida, USA

Abstract The narrators' subjectivity can prevail over the collective perception of an event; their impartiality is questioned even before reading the text. The authors' reality is that which is inscribed in their writing and determines what they call their truth; their history has emerged from memory and this new perception annuls previous affirmations. The autobiography of the Cuban poet Dulce María Loynaz, that is, *Fe de vida*, would come close to these postulates. This 'story of her life', which aspires to talk about her second husband and not about herself, deserves a careful reading where clues could emerge that point towards other discursive purposes. When questioned about her definition of happiness, the poet assured that she had not considered herself happy and that, if she could, she would choose another life unlike the one she lived; one should meditate if that other desired life is the one that emerges in her memories. This work explores approaches to concepts pointed out as autobiographical without ruling out the possibility that Loynaz pursues other purposes in her *Fe de vida*.

Keywords Dulce María Loynaz, Cuban literature, Cuban poetry, autobiography, authorial subjectivity

Índice 1. Introducción. – 3. Un viable desdoblamiento escritural. – 4. A modo de conclusión.



Peer review

Submitted 2022-12-27
Accepted 2023-03-22
Published 2023-12-20

Open access

© 2023 López Cruz | 4.0



Citation López Cruz, H. (2023). "Reescribiendo su esencia, recordando su historia: el protagonismo narrativo de Dulce María Loynaz en su *Fe de vida*". *Rassegna iberistica*, 120, 201-216.

DOI 10.30687/Ri/2037-6588/2023/21/003

1 Introducción

Toda reescritura implica un proceso de reflexión que intenta, a mayor o menor escala, modificar la visión existente de un determinado acontecimiento. Es natural que la subjetividad del narrador se imponga ante la percepción colectiva que se tiene del hecho; la imparcialidad es cuestionada aun antes de leer el texto. No obstante, la realidad del autor es la que se inscribe en su escritura y, de esta forma, prescribe lo que llama su verdad; su historia ha emergido del recuerdo y esta nueva percepción anula afirmaciones anteriores.

Este preámbulo invita a colacionar el concepto con lo que se acercaría a la autobiografía de Dulce María Loynaz (1902-1997); o sea, *Fe de vida*. Escrito varios años antes de su publicación, es la autora la que exigió que sus memorias se conocieran cuando ella hubiera cumplido los noventa años o después de su muerte (Loynaz 1997b, 11). Esta 'historia de su vida' merita una lectura cuidadosa donde pudieran emerger pistas que apuntaran hacia otros propósitos discursivos. Hay que tener presentes las observaciones de Francisco Ernesto Puertas Moya cuando asegura que «la autobiografía incluye no sólo la realidad, sino también los sueños, los deseos y las frustraciones» (Puertas Moya 2004, 179). Sentada esta base, y en una singular entrevista, posterior a Loynaz haber recibido el *Cervantes*,¹ Orlando Castellanos le pregunta a la poeta su definición de felicidad. Tras una breve pausa, asevera que nunca se ha considerado feliz, para concluir «si me dijeran que yo tendría la facultad de volver a elegir mi vida, elegiría otra» (Castellanos 1996, 35). Esto lleva a meditar al lector si esa *otra vida* deseada es la que aflora *rebelde* en sus memorias; habrá que cuestionar, entonces, si Loynaz va a escribir de la inviolabilidad de su memoria, desde el arsenal de su imaginación o, mejor aún, desde una intersección entre ambas posibilidades.

Hay que considerar, en una inclusión más abarcadora, postulados a la hora de establecer la funcionalidad del autor en el texto. Este ensayo se inclina a seguir la tesis de Philippe Lejeune, quien, en su indispensable disertación, comienza por apuntar que la autobiografía es un «relato retrospectivo en prosa que una persona hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad» (Lejeune 1991, 48).² En apariencia se leería como una adecuada disquisición; pese a lo dicho, y

1 Dulce María Loynaz recibió el *Cervantes* en 1992, recogiendo el premio de manos del rey español, Juan Carlos de Borbón, en 1993, en la Universidad de Alcalá de Henares.

2 El fragmento que aparece en las referencias, y por el cual cito en este estudio, corresponde al primer capítulo del texto de Lejeune en la edición original francesa (1975, 13-46). Esto constituye información adicional y sugiero a los lectores se concentren en el capítulo en cuestión, traducido por Loureiro, puesto que ahí están las bases del estudio y en las que se apoya mi ensayo.

aunque no encapsulase la ramificación que pudiera tener este texto de Dulce María Loynaz, sí facilitaría el camino a una explicación posterior que guiaría a quienes encaren *Fe de vida* como un documento no ficcional; o sea, «la historia de la autobiografía sería entonces, más que nada, la de sus modos de lectura: historia comparada en la que se podría hacer dialogar a los contratos de lectura propuestos por diferentes tipos de textos [...] y los diferentes tipos de lecturas a que estos textos son sometidos» (Lejeune 1991, 61). El teórico francés facilita un dato esencial para esta aproximación, puesto que, si «la autobiografía se define por algo exterior al texto, no es por un parecido inverificable con la persona real, sino por el tipo de lectura que engendra, la creencia que origina, y que se da a leer en el texto crítico» (61). En el caso de *Fe de vida*, la presencia de Loynaz parece ser ineludible desde la óptica de su autoría; el discurso textual va a oscilar entre autor-lector amparándose en la necesidad de ambos: uno por contar una historia; el otro, por leerla. Hay que repasar el texto biográfico y acercarse al mismo esgrimiendo la propuesta de Lejeune; se permitiría, asimismo, una fusión premeditada donde la autora haya favorecido una integración textual que sirva a sus intereses discursivos.

En una sugestiva interpretación, María A. Salgado sostiene que

una lectura más detenida deja claro, sin embargo, que el texto gira casi exclusivamente en torno a la persona literaria de la autora y que el rasgo distintivo de la Dulce María que Loynaz describe en *Fe de vida* es precisamente su cambio constante, su vacilación. (Salgado 2016, 97)

En estos asertos se comienza a perfilar una manipulación en la narrativa que puede alterar el fin de la entrega. Dulce María inicia el prefacio diciendo que está «urgida por la necesidad de hablar del hombre que fue mi esposo, necesidad que ahora me plantean y comprendo lo primero que se me ocurre decir, es cuán poco conocido fue este hombre [...] uno de los hombres más conocidos en su ámbito y su época» (Loynaz 1997b, 13) y lo concluye con «sólo entonces podrán saber un poco más acerca de quien fue Pablo Álvarez de Cañas» (26). Todo esto revertiría a la convicción de que son espacios comunes ya vistos en variadas articulaciones sobre *Fe de vida*. Añadiendo un paso más, habría que observar el texto desde una perspectiva más radical en la que se proyectara la lectura de una autobiografía donde el yo, sin cortapisas y en todas sus acepciones, fuere el propósito de Loynaz desde el comienzo de su historia; dicho más simple, pero no menos certero: Dulce María Loynaz va a protagonizar su historia. Como colofón a lo dicho por la autora y de su deseo de hablar de quien fuera su segundo esposo, hay que recurrir a la respuesta de Loynaz al preguntársele si estaba interesada en un libro sobre una historia

de su vida; es una afirmación definitiva que acentúa sus intenciones tras la concepción de su autobiografía. Sus palabras son precisas: «escriba la biografía de una poetisa olvidada. Sólo pongo una condición: que lleve ese título» (Loynaz 1997a, 95).³ Después de semejante declaración, apremia examinar *Fe de vida* desde un ángulo digresivo; la guía que brinda Salgado no podía ser más aguda. Pese a ello, la intención percola simbólicamente por un tejido de recuerdos donde su yo, su primera persona singular, ocupa un sitio preponderante en las reminiscencias que otorga; no podría ser de otra forma. Dulce María siempre pensó narrar su presencia en el siglo en que habitó, sus espacios, su vida; hay que reconocer que los detalles sobre Álvarez de Cañas son tan sólo un decorado textual que se antepone temporalmente, no se contrapone, a la imagen de la poeta. Es decir, este trabajo va a considerar un motivo ulterior diferente como eje narrativo y contemplará la historia del segundo esposo de la autora como una pista falsa, por tanto secundaria para la armazón textual de la entrega.

Antes de proseguir, sería acertado regresar a la explicación que la poeta facilita voluntariamente sobre una plausible justificación para su escritura; de esto derivarían diversas interpretaciones. Virgilio López Lemus apunta que «la intención exacta parece ser la elegíaca, el homenaje a la memoria de Pablo Álvarez de Cañas e inevitablemente, a través de él, el recuento de pasajes de su propia vida, de la de Dulce María» (López Lemus 2005, 80), ya que «Álvarez de Cañas se convirtió en el primer admirador de su obra. Se empeñó en que ella escribiera y en hacerla publicar lo escrito» (Arrufat 1997, 26). Sin embargo, habría que suscribirse a otras opciones discursivas y permitir que la sugerencia de Antonio Armenteros fuese sopesada como parte integral de este compendio; sería como abundar en la fabricación del lector aludido por Salgado, uno que tuviere que escrutar el enunciado autobiográfico y arribar a convicciones poco convencionales. Armenteros enfatiza que Loynaz se «dirige y dialoga» con un «lector fuerte, o activo»; uno que sería «capaz de construir su mito, aquel capaz de mitificarla, canonizarla» (Armenteros 2002, 38). Qui-

3 Esta afirmación forma parte del epistolario sostenido a través de varios años entre Dulce María Loynaz y Aldo Martínez Malo; la misiva en cuestión de Loynaz está datada «La Habana, 13 de mayo de 1975» (Loynaz 1997a, 95). Aquí se muestra la determinación de Dulce María que su vida trascendiera a los folios de una biografía; más importante: que llevara su nombre; al menos, una referencia directa a su persona. Eduardo Martínez Malo, tras el fallecimiento de Aldo, comienza su homenaje, *Dulce María Loynaz. Memorias de una poetisa*, con dicha cita (Martínez Malo 2010, 17) y lo entrega tras una sólida introducción que culmina con una oración reveladora: «el lector puede confiar que al enfrentar el texto, está frente a las memorias de Dulce María Loynaz, auténticas y exactas» (16). Estos escritos, pese a contener datos ya vistos en previas publicaciones, ofrecen información adicional y constituyen una fuente en la que hay que detenerse al estudiar la labor de la poeta cubana.

zás la apreciación sea demasiado intensa; no habrá mito, pero sí permanencia. La lectura engendradora, explicada por Lejeune, va a suscitar una considerable especulación entre los modos escriturales, ya que las diversas lecturas resultantes se acercarían a una perspectiva autorial donde Loynaz, amparándose en el entramado de otra historia, logre intercalar una ajustada línea narrativa convirtiéndose, de esta manera, en narratario de una premeditada narración.

Este dato, de sustancial importancia, regresa una idea que, aunque simple, no deja de contener una inquietud ineluctable como para ahondar en resoluciones que se concibieran como permisibles. Se obligaría ponderar, o especular, sobre la contestación que darían los lectores que accedieran a un texto de Dulce María si se les aco- sase con un espontáneo cuestionamiento; es decir, cómo reaccionarían ante una encrucijada en la que debieran elegir la esencia de su lectura. En otras palabras, estos seguidores de la pluma de Loynaz ¿querrían saber de su segundo esposo o de la propia poeta? La respuesta adosaría razones contrapuestas al enunciado narrativo de la autobiografía tal y como fuera explicado por la autora; todas las pistas apuntan a Dulce María Loynaz como artífice de una espléndida reconstrucción de imágenes de su pasado en las que Álvarez de Cañás va a desempeñar un rol de apoyo y no protagónico.

Otros críticos han sospechado de esta bifurcación textual. López Lemus comparte este escepticismo cuando articula la notabilidad de que *Fe de vida* «se extienda muchísimo más [...] que a los años que realmente pasaron juntos, menos descritos y, cuando narrados, mostrados por medio de las relaciones externas al mundo doméstico más privado» (López Lemus 2005, 97). Uniendo a lo dicho, y sobre la relación de Dulce María con Pablo, amplía que «en el lugar de esa intimidad se han colocado las reflexiones de la escritora acerca de su propia función como tal» (98). María Lucía Puppo acierta al decir que es una narrativa «imbuida de una fuerte carga subjetiva» en «sin lugar a dudas, un libro de memorias», para concluir que Loynaz «entiende la realidad como una categoría dinámica, sujeta a las percepciones de cada momento y abierta al conflicto de las interpretaciones» (Puppo). Estas aportaciones son pistas que, al columbrar con detenimiento, revelan signos adscritos a la esencia del *yo narrativo* del texto; o sea, contribuyen a la función autor-escritura y a un montaje escénico donde el conflicto argumentativo recae sobre la voz de la poeta. Ahora, sería atractivo rastrear estos postulados y descubrir una dimensión no autorizada, pero aun así no podrá tacharse de inauténtica, que subyaga en el discurso narrativo de *Fe de vida*.

2 Bocetos que se incorporan al texto

Para comenzar, hay que volver a las confesiones de Dulce María, hábilmente recopiladas por Aldo Martínez Malo, y centrar el punto de mira en la nota al calce número 32 (Martínez Malo 1993, 65). De manera simultánea, hay que presuponer que esta mirada crítica va a abarcar más allá de las palabras de Loynaz en *Fe de vida* y, como secuela interpretativa, va a incluir otros emplazamientos que solidifiquen la presencia autobiográfica en sus diferentes acepciones; aléguese la supuesta conciliación memoria-imaginación. Al preguntar el entrevistador sobre planes adicionales que llegarían en un futuro a sus lectores, Dulce María lamenta que son «sólo borradores, apuntes aquí o allá no terminados. [...] No terminar el trabajo del Vedado me duele...» (Martínez Malo 1993, 65). En la referida nota, Martínez Malo amplía las palabras de la poeta al agregar que ella «había manifestado en varias ocasiones sus propósitos de escribir un libro que recogiera la historia del Vedado»;⁴ además, «otro que relatara la vida de los cuatro hermanos. [...] tenía bocetadas las notas sobre la infancia de Flor Loynaz» (Martínez Malo 1993, 65).⁵ Los signos son un inequívoco llamado a extender la autobiografía más allá de lo anunciado en el prefacio; es la huella a seguir para advertir la trascendencia textual que implicaría la presencia de nuevas líneas discursivas.

Al encarar la incógnita, eclosiona una interrogante: ¿habría querido Loynaz disimular una parte considerable de *Fe de vida* bajo un premeditado camuflaje? De ser así, la fachada que representase la vida de Álvarez de Cañas ocultaría hilos temáticos que dirigirían la

4 Esta observación trae a la luz un concepto fundamental en la historia de la poeta, así como de la nación cubana. Según Luisa Campuzano, y refiriéndose al Vedado, «Dulce María Loynaz no sólo ha tenido la aventura personal, sino también la documentación –y hasta la experiencia legal, como abogada encargada de los asuntos familiares– del desarrollo de este barrio al que dedicó amplio espacio en sus crónicas y en el cual está sembrada su novela *Jardín* y se desarrolla gran parte de lo narrado en *Fe de vida*» (Campuzano 1995, 51). Es natural que dichos conocimientos afloraran en variadas entregas de Dulce María. Esto es algo que comprueba Eusebio Leal Spengler al compartir en su artículo, publicado en el número inicial de *Opus Habana*, que, durante sus conversaciones, la poeta «supo darme noticia y detalles de las cosas de Cuba, en particular de La Habana, que resultarían imposibles de hallar en ningún libro publicado» (Leal Spengler 1996, 12). Una vez más, no es de extrañar que tal cognición aparezca como telón de fondo en el proceso escritural de la poeta-narradora.

5 Dulce María Loynaz dedicó una de sus charlas, en 1971, a hablar sobre su hermano Enrique. Después, como estudio, y bajo «Enrique Loynaz, un poeta desconocido», fue incluido en su volumen *Ensayos literarios* (1993a, 59-76). Es interesante descubrir que en dos ocasiones surgen, como detalles adicionales –quizás hasta insignificantes– datos sobre el Vedado (1993a, 69-70). Hay que anotar, también, que la fecha que aparece al final del ensayo reza 20 de marzo de 1987 (76). Esto difiere de la publicación del ensayo, y con el mismo título, que apareció años más tarde como texto independiente en el catálogo de Ediciones Loynaz, Pinar del Río, 2004; aquí se mantuvo el año de 1971. Nótese que, pese a ser el mismo trabajo, los primeros párrafos son diferentes; quizás intenten adaptarse a sus realidades individuales. Cito por la edición de Salamanca –será la que aparezca en las referencias al final de este estudio.

lectura hacia otras madejas y, una vez allí, devanarían su objetivo alrededor de narraciones disímiles, pero allegadas a la esencia de la poeta o, como dijera Puertas Moya, a los sueños y los deseos. A la remembranza, indefectiblemente, se le incorpora el *yo narrativo* con una nueva concepción escritural para asentar los referidos bocetos como parte integral de varios capítulos y vertebrar historias que ya no podía ofrecer en textos independientes. Lo que comenzara *grosso modo* con simples detalles ornamentales se convierte en retazos de recuerdos que no hallaron su propia publicación y tienen que comparecer fraccionados ante los lectores; pese a ello, es su historia, su fe de vida, la que se palpa en sus palabras y en las que este trabajo se detiene para llevar a cabo una mirada más sosegada y contraponer los múltiples desplazamientos del texto a otras tantas ideas que no alcanzaron a materializarse.

La lectura, entre tanto, ha de posicionarse en los albores de la edición para considerar alternativas que recaben el eje crítico de este ensayo; la «Nota necesaria» que precede el prefacio sería un comienzo adecuado. Dulce María reconoce que ha habido cambios en la percepción de los lectores con respecto a su obra y «han sido estas demostraciones afectuosas las que me hicieron pensar en modificar ciertos pasajes del libro que fueron escritos cuando aún no había sentido la emoción de percibir el testimonio de interés y aprecio de los lectores cubanos» (Loynaz 1997b, 11). Las aludidas modificaciones encontrarían eco en las ‘confesiones’ a Martínez Malo; visto desde otra perspectiva, su recuento del Vedado surgiría no tan solamente como pinceladas costumbristas, sino como reconstrucción de una época. No hay una completa renuncia a tan ‘interesantes ideas’ y la presencia de este barrio capitalino va a mitigar el ‘dolor’ que la poeta siente al no poder consumir el trabajo que sobre el Vedado tenía abocetado.

Desde los dos primeros capítulos, en los que sus respectivos títulos incluyen el nombre Pablo, la estructura narrativa se distrae en pormenores alejados del periodista canario. Es verdad que la poeta habla de él, pero como complemento de una escenografía que se va a deleitar en la nostalgia de un pasado ido. Estos devaneos ciudadanos no dejan de ser subterfugios autoriales para que la redacción proyecte la ingenuidad de alguien que, si bien no va a reinventar, sí va a recrear estampas que no quiere desaparezcan en un olvido colectivo.

No es posible sustraer a este estudio citas que avalen lo ya expuesto. Loynaz le habla a su persona, al comienzo incluye a Pablo, mas se aparta de él porque parece importar más el sitio reconstruido que las personas que lo habitan.

El Vedado que yo viví y que él también vivió era otra cosa. [...] El Vedado era una ausencia, un espíritu, un ser fundido a nuestro ser [...] ¡Cómo olvidar aquel trasunto de mármoles y jardines,

de árboles umbrosos y verjas de hierro calado en filigranas! (Loynaz 1997b, 51-2)

La voz de la memoria adquiere un matiz denunciatorio, ya que

¡cómo hacer creer a los que vendrían luego que aquel Vedado era un lujo que podía permitirse la ciudad y con la ciudad un pequeño país donde no existían éxodos en masa, ni asaltos a embajadas, ni gente perseguida ni perseguidores! [...] De aquel Vedado que pasó, contamos todavía con ese mar porque no pudieron también despojarlo de él. (52)

A la sazón, el texto se sumerge en un esperado pesimismo, Loynaz se centra en la impotencia de no haber podido impedir el destino de aquel barrio que siempre quiso perpetuar con su pluma. Al superar estos párrafos donde habla la reminiscencia de un espacio inexistente en la realidad, pero muy presente en la historia de la poeta, son tres ideas las que se asientan en la retentiva de los lectores: el «Vedado fue enterrado vivo por la estulticia y avaricia de hombres nacidos bajo su mismo cielo [...]». Del Vedado no queda más que el nombre [...]. Ya no existe el Vedado» (51-3). La voz de la autora se ha superpuesto a la conceptualización inicial de *Fe de vida* y, por tanto, se afianza en derroteros que tornan un discurso unipersonal en uno pluralizado.

La multiplicidad anterior de referencias se justifica porque intenta hacer ver la importancia que tuvo ese sector de La Habana y la diligencia de la voz narrativa al constatar que es parte de un pasado demolido; el dolor se ha transmutado: ya no se equipara con la imposibilidad de narrar el Vedado, ahora se escucha una resonancia, un lamento ante lo irreversible. La posible ficción presentada ha dado paso a una percepción citadina sobre un tema que insiste en ocupar el centro de la historia; es factible inferir que fragmentos de los bocetos acumulados acerca del Vedado vayan apareciendo interpuestos en la autobiografía. Por cierto, la presencia de los hermanos, con Loynaz como centro revalorado de la memoria, es el aditamento narrativo del barrio habanero; el encadenamiento de capítulos favorece la voz autorial que no abandona, nunca fue la intención, el control discursivo para conferir otra visión definitiva del protagonismo de su historia. De hecho, esta arista de recepción será la que domine el enunciado autobiográfico. Salgado subraya que «Loynaz retrata una multiplicidad de yos» (97). El intrínquilis radicaría en reconciliar los tiempos en los que la autora se narra a sí misma para arribar, no tan solamente a las diversas variaciones de su yo, sino el retorno a la figuración de un protagonismo que ha quedado al descubierto. El propósito primitivo de la publicación queda relegado a breves frases cuando al mencionar sus reuniones puntualiza que «no concurría Pablo, ni nadie lo nombraba allí» (Loynaz 1997b, 225). El que fuera el

tema principal de su fe de vida pasa a recordarse con frases secundarias y distantes unas de las otras.

Estos descartes, lejos de aminorar el interés de los lectores, auguran nuevos senderos escriturales en los que otros temas ocuparán el núcleo de su historia. Los hermanos de Dulce María van a facilitar al *yo narrativo* la preponderancia requerida para acentuar su importancia en una historia, su historia, y no permitir que permanezca en la periferia de la memoria. La historicidad del proceso escritural se complementa con la inclusión de estampas en las que los hermanos Loynaz refuerzan la palabra de la primera persona; hay que retornar al *yo narrativo* tan socorrido en este estudio. Sin esta identidad, el texto se estancaría en una fluctuación de vivencias ajenas a la autora y no contaría con la armazón que demanda el género autobiográfico. En esta segunda parte de *Fe de vida*, la voz de Loynaz, en toda su autenticidad y en completo rechazo del aspecto ficcional, hablará a ella y de ella, jugando con la intersección de las andanzas fraternales con las propias, pero en la que las suyas sobresalgan, pues todo ha de girar sobre su imagen. Las vacilaciones y la supuesta mitologización que provendría de un sector de sus lectores no obstruyen una presencia que se impone; es en esta imposición que halla, pese a titubeos emocionales, la autoridad que ha de fundamentar su palabra unipersonal.

Ya superadas la primera parte (Loynaz 1997b, 27-163) y el «Intermezzo» (Loynaz 1997b, 165-81), la lectura no es un ejercicio abracadabrante; es más, las desviaciones de lo pautado enriquecen el discurso autobiográfico. La poeta repite en el epílogo de sus confesiones a Martínez Malo que «no he podido terminar mi trabajo sobre el Vedado y el otro sobre mis hermanos» (Martínez Malo 1993, 70); en el texto, es posible reparar en fragmentos diseminados que simularían la meta no lograda. Los hermanos Loynaz, Enrique, Carlos Manuel y Flor, abandonan el decorado de fondo para asumir el centro de las historias que van a protagonizar; a su vez, remembranzas de su primer matrimonio con Enrique de Quesada ocupan una considerable sección de la segunda parte, consolidándose en capítulos como «La Belinda» (Loynaz 1997b, 227-41). Las ya discutidas vacilaciones de la voz que intenta plasmar su vida son palabras tiradas al aire; Pablo vuelve a ser el actor de reparto que espera su oportunidad de ser parte de la trama. Pese a dedicar considerables anécdotas a sus hermanos, como las rememoradas en «El viaje» (Loynaz 1997b, 243-60) sobre sus aventuras en América del Sur con Carlos Manuel, este ensayo se va a detener en un escorzo de la percepción, quizás la misma que fue abocetada, que atesoró Dulce María sobre «la benjamina, la consentida, la bella y rebelde» (Martínez Malo 1993, 32), su hermana menor, Flor.

3 Un viable desdoblamiento escritural

«La extrañó tanto que a veces pongo retratos de ella por todas partes, y su voz me late constantemente en mi oído» (Martínez Malo 1993, 33). La confesión en la cita precedente asegura la importancia que tuvo Flor en la vida de la poeta; una vida de la que hay que dar fe.⁶ La transición en el proceso descriptivo no amenaza el recuento; más bien los lectores agradecen estas innovaciones enunciativas puesto que abarcan un horizonte más amplio y prometen, *a priori*, diversidad en las circunstancias que rodean a la autora y que, lejos de ser una inclusión adventicia, se insertan con naturalidad en la trama.

La presencia de la hermana menor reconforta la palabra escrita para hacer ver, en oraciones intercaladas, uno de los tributarios de una historia donde el cauce principal ya se ha visto que es Dulce María Loynaz. Como sostén, las ideas que confluyen en la segunda parte de *Fe de vida* destacan que Flor era la presencia constante, aunque adoleciera de silente en diversas etapas del texto, de un apuntalamiento estructural que legitima la centralidad de la narración. Una corriente discursiva, que se aleja de lo que se presupuso hubo sido el propósito de la publicación, responde a la urgencia de la poeta de incorporar vivencias fuera del radio de acción de Álvarez de Cañas. Loynaz deja entrever que «ya de Pablo no se acordaba nadie» (Loynaz 1997b, 198) en un suelto que va a continuar por senderos ajenos al que fuera su segundo esposo. Flor surge como acicate complementario que enriquece la autobiografía; es una rebeldía que contrasta con la hablante: cuando un invitado produjo una pequeña calavera de marfil, los hermanos Loynaz desearon verla, pero fue Flor la que «se atrevió a pedírsela» (Loynaz 1997b, 194); y al regreso de la poeta de uno de sus viajes encontró que «Flor se había entregado con todo el arrebató de su carácter a la lucha antimachadista» (200);⁷ para rematar, «mi hermana Flor coleccionaba suspensos como coleccionaba porcelanas de Manises. Creo que antes de presentarse a los exámenes ya estaba suspendida» (204). La hermana menor es representada como contraportada de la hermana mayor; la mujer va a hablar sobre otra mujer y, una vez más, va a ser leída, sin cortapisas, como

6 Eusebio Leal Spengler recuerda un dato importante: fue el padre de ambas, Enrique Loynaz del Castillo, quien nombró a su hija menor Flor «en memoria de un ilustre amigo: el mayor general Flor Crombet» (Leal Spengler 1996, 10). Francisco Adolfo «Flor» Crombet Tejera (1851-95) fue un prócer de la independencia de Cuba.

7 Gerardo Machado y Morales (1861-1939) fue presidente de Cuba de 1925 a 1933. Algunos historiadores consideran que su primer mandato en el poder fue aceptable; sin embargo, su campaña de reelección (cuando había prometido que solamente serviría un período) y su subsecuente estadía en el poder cambiaron su postura política. Fue calificado de dictador y depuesto, con el apoyo de Estados Unidos, en agosto de 1933. Cf. *Historia de Cuba*, de la autoría de Calixto C. Masó, edición de Leonel Antonio de la Cuesta, para mayor información sobre el tema (Masó 1998, 517-54).

mujer. Es admisible especular que se está ante una dicotomía identitaria: la aserción omnisciente quiere verse reflejada en las acciones que protagoniza ese otro personaje, rebelde, que reescribe sus aspiraciones; el texto asume el producto de una imaginación real donde solamente se han trocado los procesos escriturales.

La Flor revolucionaria es parte de las confesiones a Aldo Martínez Malo; Dulce María le dice que «rompió con todas las reglas establecidas, fue la primera mujer que manejó un Fiat en Cuba, se enroló con Enrique en la lucha contra el régimen de Machado; su carro fue tiroteado y ella con orgullo lo conservó» (Martínez Malo 1993, 32). Era la misma hermana que «coleccionaba amigos como cajas de fósforos, porque era maestra en el arte de la conservación [...]. Fue amiga de Federico García Lorca [...]. Eran iguales, espíritus afines, todo lo opuesto a mí. [...] padeció mucho con su enfermedad y cuando murió en 1985, la lloré como no había llorado a mis otros seres queridos...» (Martínez Malo 1993, 33).⁸ Las respuestas de Loynaz al cuestionario de Martínez Malo logran una feliz intersección con sus experiencias en su autobiografía; sus memorias confesionales resaltan su admiración por alguien que era lo opuesto a la voz autorial. La transmutación identitaria sugiere que la poeta desearía verse en otra vida, recuérdese la entrevista con Castellanos, y ese espacio que ahora descubre es su hermana Flor y «el carácter temperamental que la destacaba» (Martínez Malo 1993, 32). Si Dulce María otorga que «me veía trotar en el aire con la semi ingravidez de una nube de incienso o de un copo de nieve» (Loynaz 1997b, 209),⁹ el contraste con la Flor, «la más espontánea, la menos dada a reprimir sus impresiones» (193), que llega a los lectores es una prueba que la escritura autobiográfica sigue en pos del *yo narrativo*, aunque se perciba, esta vez, una variante externa en la que una suplantación de consciencia construya una personalidad, intemporal, pero que reúna las aspiraciones que la poeta, en su fuero interno, una vez ambicionó.

Estas observaciones, sin embargo, parecen contrarrestar el desenvolvimiento de Loynaz en sus recuerdos como actante externo; es una

⁸ Aldo Martínez Malo corrobora, en una entrevista con Dagoberto Valdés y recién fallecida la poeta, que «la vi derramar lágrimas cuando, enterrando a su hermana Flor (último eslabón que la ataba a la familia) exclamó: '¡Me he quedado sola!'» (Valdés, 57). Esto afecta, como es de esperar, la alegada bifurcación autobiográfica.

⁹ Ante este término, la ingravidez en Loynaz, se recomienda el ensayo de Gustavo Pérez Firmat, que aparece en las obras citadas, donde subraya el concepto a través de la obra de la poeta, y concluye que «su origen se ha de encontrar en el peso -y más, la pesadumbre- de la ingravidez» (Pérez Firmat 2007, 418). Al momento de unificar texto y contexto, lo expuesto en *Fe de vida* por la poeta acentúa la oposición de caracteres entre la voz autobiográfica y su hermana menor. Pese a ello, los lectores descubren que en dicha oposición, la ingravidez, la fragilidad, es lo que se contraponen a la fortaleza de Flor Loynaz. Éste es, como sugerencia, uno de los vericuetos que podría seguir uno de sus *yos narrativos*.

voz que se adueña del discurso autobiográfico para que su *yo narrativo* salga, y permanezca, en constante contacto con los lectores. Es decir, cualquiera que se adentre en las páginas de *Fe de vida*, tiene que hacerlo a través de la narradora como única voz capacitada. La admiración descrita sobre la personalidad de Flor halla su evolución en el proceder de su conducta: lloró la desaparición de su hermana como no había llorado la de nadie y, años más tarde, revestida de una fuerza interna, y como resultado de previas lágrimas vertidas por Pablo, escoge una frase distintiva para culminar sus confesiones: «a lo largo de la vida había llorado tanto a causa de este hombre, que lo enterré sin una sola lágrima que dejar en su tumba» (Martínez Malo 1993, 71). La transmutación identitaria logra adherirse a la percepción que tiene del otro; la tan citada frase de Julia Kristeva no podía ser más oportuna en este caso: «el otro es la cara oculta de nuestra identidad» (Kristeva, 9). Dulce María fundamenta la otredad en un deseo postrero de ser como la Flor que fue su hermana; en otras palabras, actuar como piensa que ella pudo haber actuado y colocar fotografías de la finada son las posibilidades a las que recurre la poeta para afianzar un discurso de personalismo que, de secundario, se torna primario, aunque los lectores hubieron sospechado esta posibilidad desde la ya comentada nota necesaria (Loynaz 1997b, 11), que encabeza las páginas de *Fe de vida*.

4 A modo de conclusión

La metamorfosis discursiva desarrollada por la voz autorial se coaduna a la fuerza emocional que el recuerdo de su hermana y del barrio habanero que tanto admiró contribuyan a estampar su recuerdo en una publicación, que pese a la poeta recalcar que es lo más débil que había salido de su pluma (Martínez Malo 1993, 65), contiene la fortaleza requerida para instalarse en el blasón de su escudo literario. Al afirmar que el texto adecuaba un desdoblamiento para darles, a los variados *yos*, la preponderancia discursiva que Dulce María concibió al estructurar su autobiografía, su respuesta a Aldo Martínez Malo es la que remata el protagonismo escritural. Es una narrativa que arrastra con cautela una verdad entre líneas; posee la autenticidad descriptiva para que la autobiografía abarque otros círculos de interés fuera del propósito original. El hilo conductor que llevaba por nombre Pablo Álvarez de Cañas se ha visto truncado en favor de otras intenciones enunciativas, corroborando que el proceso autobiográfico de Loynaz se confirma por medio de variados conversatorios; aquí, su voz, su autoridad, es la que dirime cualquier controversia posible a la hora de estudiar su historia en *Fe de vida*.

A pesar de ser una escritura en primera persona, la voz narrativa ha asumido, por tiempos, trocarse por el narratario del texto; Dulce

María Loynaz reescribe su propia esencia en la persona que quiso ser y que su hermana Flor ejecutó con su acostumbrado proceder. La función fática ha obtenido una satisfactoria comunión en su intento de comunicar el discurso del emisor; el receptor, en la figura de la poeta, ha triunfado en el posicionamiento de su dualidad. Dulce María admitió que al fallecer Flor la lloró como no había llorado a sus otros familiares; pero hay que recordar, sin embargo, que años antes y a la muerte de Pablo, lo enterraría sin derramar una sola lágrima. La exposición del llanto no constriñe un desenvolvimiento creíble de la persona; más bien, los lectores conjeturan que la fachada definida por Aldo Martínez Malo como «frágil, refinada, femenina» (Martínez Malo 1993, 9), agrega la faceta de la firmeza con la que debe ser leída.

La misma intensidad se reproduce en el gesto de regalar su finca, *La Belinda*, a su primer esposo tras el divorcio; una voz temblorosa, pero férrea en su proceder autobiográfico, recoge el pasaje: «le regalé hasta La Belinda, que él tanto amaba, [...] Muchas penas habrá de atraerme en el futuro aquel gesto de liberalidad: hasta el de verla arrasada piedra a piedra» (Loynaz 1997b, 238). El proceso autobiográfico se consolida en la voz que se identifica con la historia, la asume y da constancia de un conocimiento que únicamente dicha voz autorial puede tener. No se reinventa el pasado, se reescribe. Los hilos, que estaban dispersos intentando hilvanar algún que otro recuerdo, regresan triunfales a la madeja para no tan sólo reconfortar la palabra que los ha rescatado del olvido, sino también para garantizar a Dulce María Loynaz una pluralidad de desplazamientos textuales donde su voz opere como el referente autorizado.

La hija del General¹⁰ ha escudado, tras una superficialidad premeditada en *Fe de vida*, la posibilidad de hacer llegar a sus lectores un modo de lectura y unos procesos escriturales que dialogarían con su voz autorial, devenida a tiempos en narratorio, y así, además de hablar y resaltar la presencia de Pablo Álvarez de Cañas y la importancia que el periodista tinerfeño ejerció en su vida, constatar que las expansiones anunciadas por la poeta en la nota necesaria girarían sobre su propia persona. De hecho, la imagen de Pablo adquiere las características de una simbólica mampara para disimular, detrás de su pretendida biografía, la autobiografía de alguien quien quiso que su historia llevara su nombre. Al no ser un proyecto factible, orientó la focalización textual de *Fe de vida* para que facilitara, en una há-

10 Pese a que este dato pueda tacharse de espacio demasiado común, se quiere añadir que Dulce María Loynaz fue hija del general de la independencia cubana, Enrique Loynaz del Castillo (1871-1963). Como comentario adicional, la poeta se propuso editar en los últimos años de su existencia *Memorias de la Guerra*, y que como recoge Pedro Simón en su libro, la poeta juzga el texto «obra de gran valor para la historia de Cuba» (Simón 1991, 66).

bil reescritura, el protagonismo narrativo donde su palabra justificara su *pacto autobiográfico* y se afianzara en los postulados de las diversas lecturas que engendraría; los principios sustentados por Lejeune atestan estas afirmaciones. La poeta, antes de poner punto final a sus memorias, murmura a Pablo, «sé que los dos hemos vivido en vano» (Loynaz 1997b, 295), en una oración que tornaría a los lectores al comienzo del texto. La función del memorial que, habiendo entregado sus páginas a un escrutinio general, reflexiona sobre casi un siglo de vivencias y plasma el dictamen de una pluma cardinal de las letras cubanas. Habrá que desmentir a Dulce María; el proceso escritural invalida el calificativo de vano y atestigua que las líneas discursivas de su recordada historia, sean o no percepciones imaginativas, promueven la imagen autorizada de, y por, la poeta. Su autobiografía se ha asentado en la radicalidad de su autoría.

Bibliografía

- Armenteros, A. (2002). «*Fe de vida: el paisaje claustrofóbico*». *La Gaceta de Cuba*, 2, 37-9.
- Arrufat, A. (1997). «Dulce María Loynaz: una mitad en la sombra». *Unión*, 9(26), 25-31.
- Campuzano, L. (1995). «Últimos textos de una dama: crónicas y memorias de Dulce María Loynaz». *Casa de las Américas*, 201, 46-53.
- Castellanos, O. (1996). «Dulce María Loynaz, poetisa y novelista». *Palabras grabadas*. La Habana: Unión, 24-35.
- Kristeva, J. (1991). *Extranjeros para nosotros mismos*. Trad. por Xavier Gispert. Barcelona: Plaza y Janés.
- Leal Spengler, E. (1996). «El favor del destino». *Opus Habana*, 1, 4-12.
- Lejeune, P. (1975). *Le pacte autobiographique*. París: Seuil.
- Lejeune, P. (1991). «El pacto autobiográfico». Trad. por Ángel G. Loureiro. *Anthropos*, 29, 47-61.
- López Lemus, V. (2005). «...Como una Eva soberbia. Llegada a *Fe de vida*». *Jardín, Tenerife y Poesía. Fe de vida de Dulce María Loynaz*. Pinar del Río: Al margen.
- Loynaz, D.M. (1993). *Ensayos literarios*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Loynaz, D.M. (1997a). *Cartas que no se extraviaron*. Comp. y prólogo por A. Martínez Malo. Pinar del Río: Hermanos Loynaz.
- Loynaz, D.M. (1997b). *Fe de vida*. Madrid: Libertarias.
- Martínez Malo, A. (1993). *Confesiones de Dulce María Loynaz*. Pinar del Río: Hermanos Loynaz.
- Martínez Malo, E. (2010). *Dulce María Loynaz. Memorias de una poetisa*. Pinar del Río: Ediciones Loynaz.
- Masó, C.C. [1963] (1998). *Historia de Cuba*. 1963. Ed. por L.A. de la Cuesta. Miami: Universal.
- Pérez Firmat, G. (2007). «Dulce María Loynaz y el peso de la ingravidez». *Revista de Estudios Hispánicos*, 41, 403-21.
- Puertas Moya, F.E. (2004). *Los orígenes de la escritura autobiográfica. Género y modernidad*. Logroño: Universidad de La Rioja.
- Puppo, M.L. (2003-2004). «Espacio y memoria en *Fe de vida* (1994), de Dulce María Loynaz». *Espéculo*, 25.
- Salgado, M.A. (2016). «*Fe de vida* de Dulce María Loynaz: huidizo retrato de un unívoco yo». *Hispanic Studies Review*, 1(1), 90-100.
- Simón, P. (1991). *Dulce María Loynaz*. La Habana: Casa de las Américas.
- Valdés, D. (1997). «Entrevista al Sr. Aldo Martínez Malo». *Dulce María. El que no ponga el alma de raíz se seca*. Comp. por A. Martínez Malo. Pinar del Río: Vitral, 56-8.

